

**JOAQUÍN FERMANDOIS,**

**UN PROFESOR CUYAS ENSEÑANZAS PERMANECEN**

El año recién pasado, el profesor Joaquín Fernandois dictó su último curso semestral en nuestro Instituto de Historia, al que se incorporó como académico solo meses después de su fundación, hace algo más de medio siglo, en marzo de 1971.

Cinco años después, tuve la fortuna de tenerlo como profesor en dos cursos sucesivos de Historia Contemporánea, durante mi tercer año de Licenciatura en Historia: “La espiritualidad política en el mundo contemporáneo” y “La Guerra Fría”. En ellos, quienes fuimos entonces sus estudiantes, aprendimos el papel crucial de la imaginación política en la modernidad, así como que el presente podía ser objeto de investigación y reflexión histórica.

Que lo contemporáneo pudiese ser historiado era entonces algo aún extraordinario, sobre todo en un ambiente historiográfico como el chileno de aquellos años, temeroso de abordar catástrofes y metamorfosis recientes o todavía en curso. Por ello, apreciamos tanto las enseñanzas de un profesor que extendía el alcance de la investigación y del pensamiento histórico hasta la actualidad. Más todavía, porque esa extensión no la hacía a expensas de la mirada de larga duración -lo que afecta hasta hoy a no pocas historias presentistas de lo inmediato-, sino inscribiendo lo vivido, imaginado y pensado durante nuestro tiempo en un continuo multiseccular e incluso milenario.

Siempre recuerdo, y lo ha citado más de una vez en mis propias clases, una reflexión que compartió con sus estudiantes de entonces, según la cual si los seres humanos no se hubieran rebelado una y otra vez frente al mundo recibido de sus antecesores, no hubiésemos salido de las cavernas; pero que si una de esas rebeliones contra la herencia recibida llegase a ser total, regresaríamos a las cavernas. Al profesor Fernandois, junto a la maestría de articular argumentos y evidencias en grandes frescos históricos, lo ha caracterizado esa capacidad de sintetizar en pocas palabras pensamientos a la vez complejos y certeros, como el ya recordado u otro que nunca más olvidé: que la consecuencia absoluta se convierte en totalitarismo. Pensamientos que, bien expresados en medio de una clase, nos animaban a reexaminar no pocas de nuestras ideas recibidas, desde una perspectiva que articulaba la reflexión crítica con la valoración de una herencia cultural en la que, entre convicciones y paradojas, se encontraban universalidad y pluralismo.

Tres años después, entre 1979 y 1980, como ayudante de la investigación que se plasmó en su libro *Chile y el mundo 1970-1973*, pude conocerlo en lo

que podríamos llamar el taller del historiador, mientras me iniciaba en el estudio del tiempo recientemente vivido. Aunque la primera aproximación a la historia del presente ya la había tenido, como muchas generaciones de sus estudiantes, en uno de los cursos de Historia Contemporánea, en el cual debíamos entregar un trabajo final en torno a un acontecimiento, proceso o conflicto en curso en el mundo durante aquel semestre. Una experiencia que siempre es mencionada con aprecio por sus alumnos de todas estas décadas, que pudimos pensar históricamente a través de ellas en fenómenos asociados a los principales problemas de nuestro tiempo mientras estos se desplegaban o, incluso, apenas despuntaban.

Su magisterio ha estado sustentado en la amplitud y profundidad de su conocimiento acerca de la historia, así como en un diálogo permanente con las humanidades y las ciencias sociales, sobre todo con la politología, la literatura y la filosofía, que permiten caracterizarlo no sólo como un notable historiador, sino además como un intelectual y un humanista, lo que es el sello de los mejores historiadores. La calidad de su enseñanza ha estado sustentada, asimismo, en un permanente trabajo de reflexión e investigación que se ha plasmado en artículos y libros que se han convertido en referencias ineludibles para el conocimiento de la política, la cultura y el pensamiento del mundo contemporáneo, abordados desde Chile.

Desde las dos décadas finales del siglo XX y hasta la actualidad, sus libros como *Chile y el Mundo 1970-1973. La Política Exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el Sistema Internacional* (1985), *Abismo y Cimiento. Gustavo Ross y las Relaciones entre Chile y Estados Unidos. 1932-1938* (1997), *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004* (2005), *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (2013) y *La democracia en Chile. Trayectoria de Sísifo* (2021), han enriquecido nuestro conocimiento de la historia contemporánea del país y de sus estrechos vínculos con la historia mundial. Hoy, cuando con el nombre de historia global o de historias conectadas, estos vínculos entre lo nacional y lo global se han convertido en sentido común entre las nuevas generaciones de historiadores, es justo reconocer y agradecer la labor pionera del profesor Fermeois en ese ámbito.

Su vasta y extraordinaria producción académica, materializada en sus libros y en múltiples artículos en revistas especializadas, ha incidido decisivamente en una transformación de la visión histórica de Chile, al poner en el centro del estudio y del pensamiento acerca del devenir de nuestro país, sus múltiples interacciones con la historia mundial. La materialización en sus obras de esta perspectiva que amplía y profundiza la mirada sobre la historia chilena, ha contribuido a superar la insularidad alguna vez predominante en la historiografía nacional, al integrarla a lo universal, y ha convertido a su autor en un renovador de nuestra historiografía, así como de la reflexión acerca de la identidad chilena, al insertarla en una historicidad compleja y global.

La contribución del profesor Joaquín Fermandois a la renovación historiográfica en Chile se ha expresado también -y de modo muy determinante- en la formación de destacados investigadores en los ámbitos en los que ha sido pionero, a través de la dirección de tesis de grado y postgrado a lo largo de estas cinco décadas. Asimismo, se ha distinguido por su capacidad de interactuar tan cordial como fructíferamente con sus colegas historiadores, así como con estudiosos de otras disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales del país y del mundo, uniendo a la solidez de sus convicciones, el aprecio hacia visiones diferentes, animado de la pasión por el conocimiento y el gusto por la argumentación racional que caracterizan a los auténticos intelectuales, lo que ha sido reconocido por todos los colegas chilenos y extranjeros, que hemos valorado su generosidad al compartir conocimientos y discutir interpretaciones.

Hemos sido muy afortunados de tenerlo como profesor de nuestro Instituto durante más 50 años. Y como sus colegas, seguiremos atentos a las nuevas contribuciones que, sin duda, continuará elaborando y compartiendo en los próximos años.

**Alfredo Riquelme Segovia**